

400

~~680750~~

80

B. 22

9798

FRAY JUAN PEREZ DE MARCHENA.

RECUERDO DEDICADO

AL ILUSTRE GUARDIAN DE LA RÁBIDA.

3 DE AGOSTO DE 1880.



SEVILLA.

IMPRESA Y LIT. DE CÁRLOS M. SANTIGOSA.

P. DE LA CONSTITUCION, 7.



9297ER

(460)

FRA

FRAY JUAN PEREZ DE MARCHENA.



# FRAY JUAN PEREZ DE MARCHENA.

---

RECUERDO DEDICADO

AL ILUSTRE GUARDIAN DE LA RÁBIDA.

---

3 DE AGOSTO DE 1880.



SEVILLA.

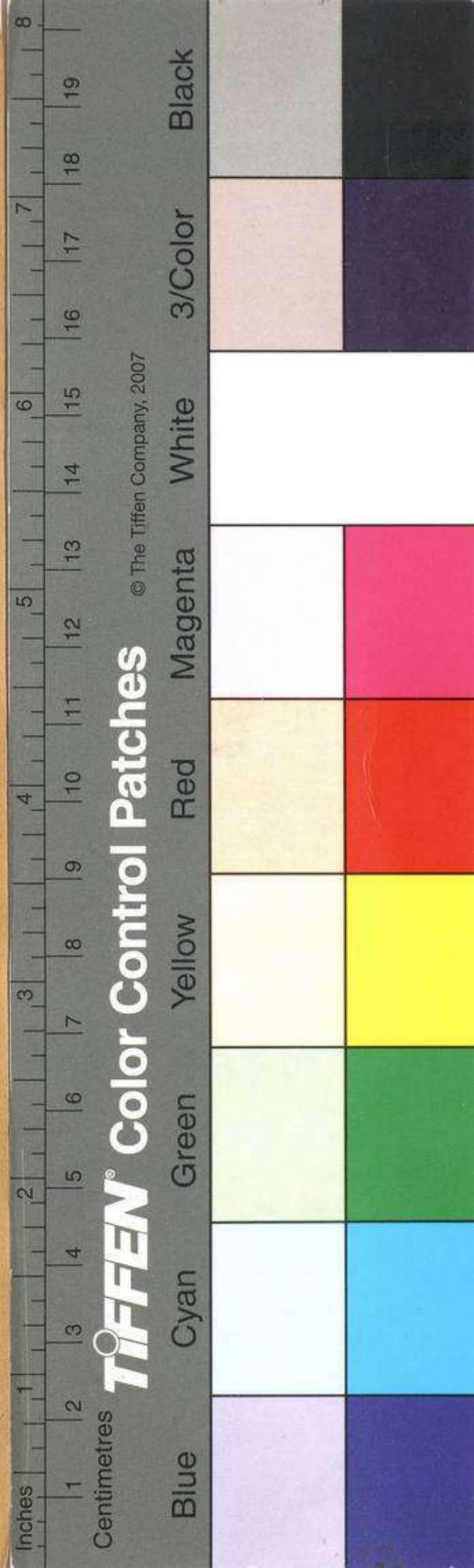
IMPRESA Y LIT. DE CARLOS M. SANTIQUOSA.  
P. DE LA CONSTITUCION, 7.





I.

Era la época de los descubrimientos. Los portugueses, en el reinado del sábio y valeroso príncipe Enrique, se lanzan á los mares desconocidos que rodean el África; logran imponerse al miedo que en los navegantes despertaban las supersticiones que les hacían considerar el cabo Bogador como el último límite posible de las investigaciones humanas; y, alentados por el concurso que les prestaba la ciencia náutica, entónces naciente, y fortalecidos con la generalización de la aguja de marear, (1) que disipó en el acobardado ánimo de los marineros el terror que las pavorosas sombras de la noche infundían, traspasan el temido promontorio, exploran las costas africanas desde cabo



Blanco hasta cabo Verde y hacen surgir del fondo del Océano las Azores y otras mil islas encantadas por el negro y mágico poder de la ignorancia. Muerto Enrique, los lusitanos continuaron la empresa comenzada por tan ilustre rey, y, bajo el mando del inmortal Vasco de Gama, cantado por Camoens, lograron doblar el cabo de Buena Esperanza, abriendo ancho camino al comercio de los opulentos países del Oriente. Las más ricas telas y las esencias más esquisitas y las más preciadas producciones de aquellas regiones hasta entonces fabulosas vinieron á Portugal, y esta nación, en medio de su pequeñez, reina del mundo por la audacia y el valor de sus intrépidos hijos, atrajo á sí, como poderoso foco de luz, á los extranjeros de todos los países y á todos aquellos varones eminentes que, por su inteligencia y su corazón, eran capaces de comprender y admirar tan grandiosas empresas.

Los italianos, que ya hacía tiempo tenían establecimientos mercantiles en Constantinopla y el mar Negro y factorías en las heladas regiones de Noruega y de Moscovia, iban extendiendo rápidamente su comercio por las comarcas más apartadas del concierto europeo: sus naves llegaban diariamente á países hasta entonces mitológicos; sus marinos descubrían á cada paso nuevos territorios y cambiaban los ricos productos orientales, las especias, las gomas y las piedras preciosas, por las vistosas pieles que encontraban en las áridas regiones del Norte á donde los conducía su auda-

cia. Génova, Venecia, Pisa eran las ciudades más opulentas del mundo; formaban alianzas con los más poderosos imperios: su voto era decisivo en las contiendas y estas pequeñas repúblicas, cuyo territorio se abarcaba con la vista, fueron célebres y admiradas y llenaron la edad media con sus nombres merced á sus denodados navegantes, que parecían cumplir el mandato impuesto por la Providencia á los siglos XIV, XV y XVI: completar la redondez de la tierra.

España, solo España entre las regiones meridionales de Europa, habia permanecido hasta esta época alejada del movimiento gigantesco que estaban realizando Portugal y las florecientes repúblicas de Italia; ocupada en las guerras intestinas que devastaban su suelo, ondeando todavía en las almenas de Granada el pendon de la media luna y no abatido aun por completo el poder de los nobles, que, llenos de orgullo con los inmoderados privilegios obtenidos como premio de sus victorias contra los moros, habian imposibilitado hasta entonces la unificacion del poder, unificacion necesaria á la completa unidad de la pátria; España, no habia podido poner aun la intrepidez y el valor de sus hijos al servicio de tan ilustres empresas. No nos ciega el patriotismo; pero creemos poder afirmar con entera razon que la gigantesca obra, cuya realizacion parece confiada por la Providencia á los pueblos latinos, iniciada por Italia y recibiendo en Portugal vigorosísimo impulso fué

completada y coronada por la nacion española con el acontecimiento más grande que registran los siglos

## II.

Caia la tarde.

Dos viajeros marchaban con fatigado paso por una senda al parecer alejada de todo camino.

El dolor y el sufrimiento tienen impresos en sus semblantes.

Uno es un débil niño; el otro, aunque de edad varonil, lleva en su rostro las arrugas que imprimen los pesares y los desengaños.

Sus cabellos blanquean; una amarga sonrisa se dibuja en sus labios.

A veces su boca parece pronta á lanzar una maldicion; pero mira al cielo y su frente se serena. Otras, extiende su mirada por el anchuroso mar y todo su sér se extremece.

Y camina, camina, y el niño solloza, y el hombre vierte lágrimas de dolor.

—Padre tengo hambre, tengo sed, dice la pobre criatura.

—Espera un momento, hijo mio, ya llegaremos.

Y andan y andan.

—Padre, no puedo más.

—Un esfuerzo, hijo mio.

Y aquel hombre limpia con su nervuda mano las lágrimas que corren por sus mejillas.

La trocha porque caminan se ensancha y salen de la espesa arboleda por donde parecían perdidos.

Un sencillo edificio de orden toscano se alza ante su vista: es el convento de Nuestra Señora Santa María de la Rábida.

El hombre lanza un grito de alegría cual debió lanzarlo el náufrago próximo á perecer que divisa la tierra salvadora.

—Ánimo, hijo mio, ya cesaron tus sufrimientos, corramos.

Pero el niño no puede más; sus fuerzas están agotadas.

Entónces aquel hombre rápido como el pensamiento, coje á su hijo entre sus brazos y echa á correr hácia el monasterio. Llega á él y tira con violencia de la campanilla que está en la puerta.

—Qué quereis? qué necesitais? preguntaron desde adentro.

—Agua, agua y pan para este niño; exclama aquel hombre.

Aquel hombre era Colon; el niño, su hijo  
Diego

. . . . .  
. . . . .  
. . . . .

Porqué fué Colon á la Rábida? De dónde vino á tan apartado monasterio? Hé aquí dos interesantes cuestiones ignoradas aun por los historiadores y críticos del ilustre genovés. Al tratar de estos puntos inutilmente buscamos datos que nos iluminen; tan solo hallamos confusiones y conjeturas. Dice el concienzudo y escrupuloso historiador Washington Irving que García Fernandez, médico del pequeño puerto de Palos de Moguer, en Andalucía, declarando en el pleito habido entre D. Diego Colon y la Corona, manifiesta que al llegar Colon y su hijo al monasterio de la Rábida no se sabe de donde venian, aunque sí que aquel iba á Huelva en busca de un cuñado suyo. Semejante noticia, la más autorizada y verídica, y la que sirve de base á todo lo que posteriormente se ha escrito con relacion á la primera llegada de Colon á España, es de todo punto incomprensible y no resiste al análisis de la crítica más ligera. Si iba á Huelva, ¿ cómo llegó á la Rábida que no solo no es camino para dicha ciudad, sino que no es camino para ninguna parte? El más leve conocimiento de los lugares, basta para convencer á cualquiera que á la Rábida solo puede llegar quien se proponga expresamente visitar este monasterio.

Ora viniese Colon de Portugal, huyendo de las persecuciones de que allí fué víctima, como creen algunos; ora viniese de Génova, como suponen otros, su llegada á la Rábida es, con los datos que hasta hoy poseemos, un verdadero enigma. No ha faltado tampoco quien sospeche que iba perdido cuando llegó al monasterio; pero si esto es así, de dónde venia? á dónde iba?—Conjetura el padre Bartolomé de las Casas que llegado á Palos, á donde fué atraído por la fama de los buenos pilotos de aquel puerto, se dirijia á la Rábida buscando un asilo para su hijo, mientras él marchaba á la córte de Castilla con la idea de gestionar la realizacion de su plan. Semejante opinion, sin embargo, no comprobada por dato fehaciente alguno, aunque no irracional, está en abierta contradiccion con el único testimonio verídico, ó sea el del citado médico García Fernandez. Lo cierto es que, aun prescindiendo de esta contradiccion, no se explica que Cristóbal Colon marchase á la Rábida desde Palos, en donde por lo ménos tendria conocidos, sin un guia que le acompañase ó un conocimiento exacto del pequeño trayecto que tendria que recorrer para llegar á ella; ni, aunque se hallase pobre, que careciese de recursos hasta el extremo de no llevar un pedazo de pan con que alimentar á su hijo. Es por tanto inexplicable hasta el dia la referida llegada de Colon al monasterio é inoportuna esta ocasion para hacer prolijas investigaciones sobre este punto. Sea de esto

lo que quiera, está averiguado que Colon llegó á la Rábida y que en ella encontró, no solo pan y agua para su hijo, sino, en un inteligente y virtuoso fraile franciscano, el hombre necesario para la realizacion de su grandiosa é inmortal empresa.

### III.

Era Fray Juan Perez, oriundo de Marchena, (2) un ilustre cosmógrafo y humanista que trocó voluntariamente los honores y distinciones de la córte, en donde fué confesor de la reina Isabel, por la vida tranquila y austera del monasterio de la Rábida, de que era guardian á la llegada de Colon.

De clara inteligencia, de recto corazon, de insigne piedad y de amor inmenso hácia su pátria, el padre Marchena era una de esas naturalezas vigorosas y enérgicas dispuestas á amar y comprender y á sacrificarse siempre por todo lo bueno y todo lo grande.

El ejercicio de las virtudes, el estudio de las ciencias más en boga entonces, su frecuente trato con los pilotos y marineros del puerto próximo, la observación de los astros y la perenne contemplación del extenso mar ocupaban por completo la vida del humilde franciscano. ¡Cuántas veces no le sorprendieron las altas horas de la noche embebecido en la lectura de Marco Polo y otros audaces navegantes, y, cuantas al sentir romperse las olas al pié del monasterio no asoció aquellos inexplicables é indefinibles ruidos á las noticias de lejanos países que leyera en los libros! Naturaleza privilegiada y varonil, no menos que piadosa, no parecía sino que repartía amorosamente su pensamiento entre el cielo y el mar! ¡Que mucho, pues, que un hombre de semejantes condiciones prefiriese á las frívolas ceremonias de la córte aquel olvidado santuario, donde su religioso corazón se elevaba continuamente á Dios con el sublime espectáculo de la naturaleza! ¡Y que mucho que prefiriese á las picantes historietas y repugnantes intrigas de los palaciegos, las narraciones candorosas y las pintorescas y animadas descripciones de aquellos hombres rudos y sencillos que le hablaban siempre el tosco pero elocuente lenguaje de la verdad y le amaban y respetaban como á un padre!

Tal era el hombre que al declinar una tarde de primavera encontró á los dos viajeros que habían pedido hospitalidad en el convento de la Rábida: tal el humilde guardian á quien confió Colon

su colosal proyecto: tal, en una palabra, el ilustre franciscano, Fray Juan Perez de Marchena.

#### IV.

Bosquejado á grandes rasgos el carácter y cualidades que adornaban al guardian de la Rábida, nuestros lectores comprenderán fácilmente lo pronto que se penetró del proyecto del genovés y de la gloria que reportaría la nacion que tuviera la fortuna de realizarlo; consideracion que le movió desde luego á prestarle todo su valioso concurso. Receloso, sin embargo, de su propio juicio, hizo venir al distinguido matemático y médico García Fernandez, al experimentado piloto Pedro Velasco y á otros marinos de Palos, (3) cuyos nombres no conserva la historia

Reunidos estos en la celda del guardian, escucharon de los lábios de Colon el proyecto que este meditaba; y, llenos de admiracion hacia el ilustre extranjero, no solo aprobaron por completo su

plan, considerándolo perfectamente realizable, sino que añadieron datos y noticias curiosas y observaciones propias, del mayor interés, en corroboración de las teorías que servían de base á aquel proyecto.

Satisfecho por completo Marchena del resultado de estas conferencias, levantó el ánimo desfallecido de Colon, y, haciéndose cargo del sosten y educacion del pequeño Diego, facilitó al genovés el dinero necesario para su viaje y estancia en la córte, entregándole persuasivas y eficaces cartas para su amigo el influyente personaje Fernando de Talavera.

## V.

Corria la primavera de 1486 cuando Colon llegó á Córdoba, entregando á Fray Fernando de Talavera las cartas recomendatorias de Marchena. Era Talavera un señor de como unos cincuenta

años, grueso, y dotado de esa cierta afabilidad de que parecen dar indicio desde luego unos lustrosos y sonrosados carrillos. Su vigor corporal, sin embargo, no corria parejas con su temple de alma, muy inferior, no obstante su elevada categoria, al del modesto guardian del convento de la Rábida. Su Eminencia, considerando demente á Colon, y despreciándolo por su pobreza, que bien claro se advertia en lo miserable de su traje, desatendió por completo la recomendacion del entusiasta é inteligente franciscano.

Colon, entretanto, esperando inútilmente una audiencia de los reyes, muy preocupados á la sazón con la guerra de Granada, tuvo en medio de su desgracia la fortuna de trabar amistad con el generoso y entendido Alonso de Quintanilla, Contador Mayor, y con los dos italianos, Antonio y Alejandro Geraldini, Nuncio Pontificio el uno y preceptor el otro de los hijos menores de Isabel, por cuya mediacion logró una entrevista con el célebre Arzobispo de Toledo y gran Cardenal de España, Pedro Gonzalez de Mendoza, el cual, desechados los piadosos escrúpulos que suscitaron en su ánimo las opiniones de Colon, proporcionó por último al ilustre genovés la deseada entrevista con Fernando el Católico, quien, despues de escuchar con atencion, pero con frialdad y cautela, el plan del distinguido geógrafo, mandó á Fernando de Talavera, que juntase en asamblea á los astrónomos y geógrafos mas entendidos de España, á fin de que

estos emitiesen dictámen acerca del proyecto.

## VI.

Llegado el día, no diremos se presentó, compareció Colon ante la famosa Asamblea de los doctores de Salamanca. Su pobreza y su desvalimiento fueron ya motivo de que aquellos doctísimos y piadosísimos varones se mostraran desfavorablemente dispuestos contra él. Quién le consideraba como á un loco; quién como á un impostor, quién como á un impío aventurero al que era preciso combatir á todo trance. A falta de conocimientos y razones, el Consejo contaba con abundante provision de textos bíblicos y de citas de San Agustin y de Lactancio para pulverizar los argumentos que pudiese presentar aquel extranjero que, sin título académico alguno, tenia la singular y nécia pretension de haber descubierto un camino más corto para las Indias, donde se jacta-

ba de encontrar los fantásticos países descritos por Marco Polo. Inútil creemos referir aquí los pormenores de la célebre asamblea en que hubo afirmaciones tan peregrinas como aquella de que para existir antípodas sería necesario que hubiera hombres que anduviesen con los talones hácia arriba y la cabeza hácia abajo; formidable argumento, en el sentir de aquellos graves y sesudos varones, que corrió parejas con las argucias y sùtiles distingos metafísicos que emplearon algunos reverendos. Los sábios de Salamanca no estuvieron á más altura que el vulgo indocto en la calificación que hicieron de la teoría colombina. (4) ¡Qué contraste entre esta asamblea de doctores presididos por el bien alimentado Talavera, confesor de Su Real Majestad, y aquella sencilla reunion de oscuros y toscos marineros que tuvieron el corazón y la inteligencia suficientes para comprender y penetrar, en medio de su rudeza, aquel proyecto colossal que había de dar á Europa un Nuevo-Mundo y á España su más preclara gloria!

## VII.

Desde el Consejo de Salamanca hasta el sitio de Granada fué la vida de Colon una série no interrumpida de desengaños y humillaciones. La córte, con motivo de las guerras que, como hemos dicho, sostenian los españoles con los últimos restos de la morisma, erraba de ciudad en ciudad, segun las circunstancias lo exigian; y el desventurado genovés veíase á su pesar obligado á andar continuamente tras los monarcas, sufriendo todo género de insultos y de afrentas. A escepcion de Deza y de algunos pocos amigos que en esta triste época de su existencia le socorrieron, y de los pequeños recursos que pudo proporcionarse con las cartas y mapas que fabricaba, se veia en la triste necesidad de mendigar de la córte su sustento. Mas todo lo sufría Colon esperando lograr su propósito, todo, hasta el mote injurioso con que le saludaban

no solo la canalla sino los nobles. Pero inútil porfía! Talavera, entonces obispo de Avila, seguia siendo su mala sombra; y los reyes, instados fuertemente por el mismo Colon para que no diesen más treguas al asunto y le contestasen cuanto antes, le manifestaron que hasta no terminar la campaña les era imposible atenderle. Entonces Cristóbal Colon que, confiado en las promesas de los monarcas católicos, no habia dado oidos á las excitaciones de los soberanos de Portugal y de Inglaterra, poseido de una justísima indignacion abandonó á Sevilla.

El deseo, sin embargo, de no dejar á España, á cuyo país le ligaba su amor á Doña Beatriz Enriquez, perteneciente á una noble familia de la ciudad de Córdoba y de quien tuvo á su hijo Fernando, le obligó á intentar algunas gestiones con los duques de Medina Sidonia y de Medinaceli. Pero siendo repulsado por el primero, que lo consideró como un visionario y no atreviéndose el segundo á acometer la empresa por no incurrir en el desagrado de los Reyes Católicos con quienes, sin embargo, le prometió interponer su valiosa intercesion, (5) el ilustre genovés, perdida ya toda esperanza y resuelto á presentarse al rey de Francia, de quien tuvo por aquella época cartas favorables, se dirigió al convento de la Rábida en busca de su hijo Diego, á quien queria dejar en Córdoba antes de su partida.

## VIII.

Si grande fué el pesar con que el ilustre guardián de la Rábida vió llegar al monasterio á Cristóbal Colon, humillado, pobre y revelando en su semblante y en su traje los continuados sufrimientos de que habia sido víctima, mucha mayor fué la indignacion de que se vió acometido al conocer que Colon, completamente desesperado, se disponia á abandonar á España para siempre.

Imposible es, exclamó, que miéntras circule una gota de sangre por mis venas deje yo ausentarse á este hombre y que deje perder por el egoismo y la ineptitud de los palaciegos los dias de gloria que la providencia tiene sin duda reservados á mi patria. Colon no se marchará, dijo, y llamando inmediatamente á su amigo García Fernandez y pidiendo consejo en aquel conflicto á Alonso Hernandez Pinzon, (6) jefe de una familia de opulentos y

distinguidos navegantes de Palos, célebres por su pericia en la náutica y su extraordinario arrojo, los reunió en junta, quedando definitivamente aprobado en aquel pequeño, pero sublime consejo, el proyecto de Colon y la necesidad de impedir que éste se marchara al extranjero. A este propósito, Marchena escribió inmediatamente á la reina católica pidiéndole una entrevista y, nombrado embajador para llevar esta misiva el honrado y discreto piloto de Lepe, Sebastian Rodriguez, llega este al campamento, entrega la carta á la soberana y recibe de esta una misiva para el guardian del monasterio, que trae en persona, llevando de alegría á la reducida junta del convento.

Detenido Colon por este medio y renaciendo en su pecho la perdida esperanza, se conforma á esperar al ilustre Marchena que, sin perder minuto, en aquella misma noche, ensilla su mula, y solo, desafiando todo género de peligros, y atravesando sin otra compañía que la de su corazón esforzado y generoso, los lugares recientemente conquistados á los moros, llega á Santa Fé, se presenta ante la reina, y con la varonil elocuencia que dan la alteza de miras, la profundidad de conocimientos y los sentimientos generosos, convence á la católica Isabel y la persuade á anteponer el dictámen del pequeño consejo de la Rábida al de la ilustre asamblea de cosmógrafos y eclesiásticos doctos de Salamanca, obteniendo de ella la real

vénia para la codiciada realizacion del proyecto colombino, y con esta 20,000 maravedises en florines de oro para habilitar la presentacion de Colon ante la córte. Esta cantidad la remite inmediatamente á Colon con la siguiente, sencilla y elocuentísima carta, donde se retrata la pureza y magnanimidad de alma del ilustre franciscano.

«Nuestro Señor Dios ha escuchado las súplicas de sus siervos. La sábia y virtuosa Isabel, tocada de la gracia del cielo, acogió benignamente las palabras de este pobrecillo. Todo ha salido bien; léjos de rechazar vuestro proyecto, lo ha aceptado desde luego; y os llama á la córte para proponeros los medios que creais más apropósito para llevar á cabo los designios de la providencia. Mi corazon nada en un mar de consuelo y mi espíritu salta de gozo en el Señor. Partid cuanto antes que la Reina os aguarda y yo mucho más que ella. Encomendadme á las oraciones de mis amados hijos y de vuestro Dieguito. La gracia de Dios esté con vos y Nuestra Señora de la Rábida os acompañe.»

Leida esta carta, Colon, hechos los preparativos convenientes, se puso en marcha para la córte.

## IX.

La carta que acabamos de transcribir es un documento que en cualquier otro país que no fuera el nuestro, se hallaría grabado con caracteres de oro. De su sencillo contenido, donde está íntegra, cabal, completa, el alma generosa y genuinamente española del ilustre guardian del monasterio de Santa Maria de la Rábida, Fray Juan Perez de Marchena, ha dependido que el más grandioso acontecimiento que registra la historia de la humanidad, se lleve á cabo en España, única tierra del mundo en donde Colon pudo encontrar hombres que le siguiesen y acompañasen en su empresa. De esta carta, hasta hoy casi ignorada de los eruditos, dependió que Colon, rechazado por los fanáticos é ignorantes doctores que componian el llamado consejo de Salamanca, mofado por el vulgo, despreciado por los palaciegos, mas

que el vulgo miserables y de ánimo mezquino, cíñese á sus sienes los legítimos y merecidos laureles que la posteridad le reservaba, laureles que no hubiera ceñido sin el ignorado monje del monasterio de Santa Maria de la Rábida. Si Colon halló en España una reina generosa y grande que uniéndose en un pensamiento comun con el pensamiento de su pueblo y despreciando la ignorancia de sus doctos y la ineptitud de sus nobles, no vaciló en empeñar sus joyas para emprender la conquista de inesploradas regiones; si Colon halló en España intrépidos marineros y pilotos que fortalecieran primero su decaído aliento y tuviesen luego el ánimo necesario para acompañarle en su expedición, preciso es que al menos en este día de inmenso júbilo para España y especialmente para la noble provincia de Huelva, inspirándonos todos en un altísimo sentimiento de justicia, confesemos que Colon, Europa y España deben esta inmensa gloria al humilde y al ignorado guardian del monasterio de Santa Maria de la Rábida, Fray Juan Perez de Marchena, á quien la pátria agradecida debia con igual motivo que á Colon erigir una estatua, en cuya base estuviese grabada la sencilla y sublime carta que determinó la realizacion del acontecimiento mas grande que han presenciado las naciones. (7)



## NOTAS.

---

- (1) Descubierta por Tomás Gioggia en el siglo XV.
  
- (2) *Annales minorum auctore A. R. P. F. Lúca Wadingo Hiberno. Ejusdem ordinis chronologo. Romæ Typis Rochi Bernabó. MDCCXXXVI.*
  
- (3) Palos—Palus Etrephcea—Pequeña villa de la provincia de Huelva, célebre desde antiguo por la pericia é intrepidez de sus pilotos y marineros; se encuentra situada en una cañada y en el lugar donde precisamente existió una laguna (palus), de aquí su nombre. Dista de la capital cinco leguas siendo la extension de su término de cuatro leguas de E. á O. y

tres cuartos de leguas de N. á S. El terreno es arcilloso, el clima sano y templado, y sus cercanias hermosas y alegres. Tenia en el año 1850 más de 150 casas y sobre 1000 habitantes. El rio Tinto corre inmediato á esta poblacion y de su puerto salieron en 1492 las tres carabelas que descubrieron el nuevo-mundo.

(4) La justicia y la imparcialidad nos mueven á confesar aquí que Diego de Deza, Religioso del Orden de Santo Domingo, catedrático de teología del convento de S. Estéban y despues Arzobispo de Sevilla, no sólo disintió del parecer de los ignorantes doctores que con él formaron el consejo, sino que convencido por los argumentos de Colon y arrebatado por su elocuencia, tomó la defensa del ilustre genovés, consiguiendo, ya que no otra cosa, que le escuchasen con respeto y no se mofasen de él como aquellos fanáticos pretendían. Podemos considerar por tanto á Fray Diego Deza como una de las pocas personas que favorecieron á Colon, contribuyendo al descubrimiento de las Américas.

(5) Deber es nuestro manifestar en este lugar que el duque de Medinaceli no solo cumplió fielmente su palabra, sino que contribuyó tambien á favorecer el pensamiento de Colon, así como la marquesa de Moya, y Luis Santangel.

(6) Dice el concienzudo historiador Washington Irving:

«Martin Alonso Pinzon era hábil y emprendedor navegante, que le fuè (á Colon), de esencial servicio en el armamento de sus buques, conduciéndose en todo el viaje con espíritu y fidelidad; secundando y animando al Almirante, cuando le incomodaban las murmuraciones de su gente.» Francisco Garcia Vallejo, que formó parte de la expedicion, manifiesta que Martin Alonso Pinzon fué el que procuró los barcos y marineros para el viaje, y que unido á sus parientes y amigos impulsó la empresa en tales términos que á no haber sido por él, nunca Colon hubiera realizado su proyecto, pues nadie queria embarcarse con él; y por último, no falta quienes aseguren que Pinzon fué el que salvó al Almirante, y por tanto la gigantesca empresa, imponiéndose á los marineros sublevados contra aquel.

Bastan estos ligeros datos para comprender y apreciar el brillante papel que desempeñó Martin Alonso Pinzon en la gran epopeya del descubrimiento del Nuevo-Mundo.

(7) Hemos terminado de propósito aquí la historia de las gestiones llevadas á cabo por Marchena; los nuevos obstáculos que surgieron despues, nacidos unos del amor propio de los nobles á quienes parecieron excesivas las pretensiones del genovés, y otros, de los mismos marineros, á quienes no se ocultaban los inmensos peligros á que iban á exponerse, y que fueron vencidos tambien por el padre Marchena, son ya relativamente secundarios comparados con el que ofrecia la firme resolucion del genovés de ausentarse de España, cansado ya de luchar inútilmente durante largos años con la córte de Castilla, y el menosprecio con que era mirado en ella su gigantesco proyecto. Considerándolo así, un ilustre cronista de aquellos sucesos asegura que nada hubiese detenido en aquella ocasion la marcha del genovés, sino hubiesen mediado las reiteradas instan-

cias y amistosas reflexiones del padre Marchena, cuyas gestiones fueron finalmente coronadas con el feliz resultado que demuestra la sencilla y sublime carta que literalmente transcribimos en el texto, carta á que alude Washington Irving, pero de que no pudo hacerse á pesar de sus prolijas, inteligentes y profundas investigaciones.







